



Hiero el Ciego.



admirablemente las fiestas. Para ello es preciso hacer algunos gastos, ¿pero á quién mejor que á vuestra idolatrada esposa, podeis consagrar vuestras rentas? Ya podeis prolongar vuestro viaje. Nunca mejor que ahora que os sonrie la dicha, que contais con las fuerzas de la juventud y que os hallais ya muy lejano de vuestro suelo natal, podeis cumplir la idea que hace tanto tiempo abrigais de visitar los confines de Europa.»

La segunda carta tambien suscrita por Fr. Guillermo y que leyó el anciano, decia así :

«Un cambio completo se ha operado en vuestra esposa. Es la jóven de veinte años que solo sueña en fiestas y placeres. Su madre la secunda siempre admirablemente y la acompaña en las escursiones que frecuentemente se hacen por estos alrededores con algunos amigos íntimos. Nada receleis pues; desechad los temores que me manifestais; mi ojo alcanza lo que no puede ver la madre. Una sola persona me inspira desconfianza, pero tal vez sufra yo engaño. Pronto saldré de dudas y os participaré el resultado de mis observaciones. Como en estos últimos meses hemos hecho crecidos gastos he tomado á préstamo el valor de la adjunta letra. A vuestro regreso ya procurareis economizar. No creais que vuestra esposa os olvide porque sean menos frecuentes sus cartas.»

Fray Guillermo, por cuyo conducto llegaban á D. Cárlos las cartas de su esposa así como á esta las de aquél, interceptaba y hacia desaparecer las que pudieran servirle de estorbo á sus planes.

Despues de terminada la lectura de la anterior carta, el padre adoptivo de María dijo á D. Fernando.

—Permitidme que deje de leer el resto de las cartas que escribió el monje gerónimo á D. Carlos, para hacerlo con la última que contiene este paquete. Su contenido os enterará de los hechos que importa conozeais.

Y el anciano leyó :

«Dicen que se conoce la ley, esto es, el valor del oro por medio de

la piedra de toque; pues bien, yo he conocido, aunque con profundo pesar mio, los quilates del amor de vuestra esposa con la piedra de toque de vuestra ausencia, así como espero conocer hasta donde llega vuestro valor, presenciando vos mismo los hechos que os he revelado, yo que soy el salvaguardia de vuestro honor y un amigo fiel y desinteresado. Venid, pero llegad aquí de riguroso incógnito. Conviene que nadie absolutamente sospeche vuestra llegada. Repito que si no os sentís con suficientes fuerzas para arrostrar la terrible prueba que os espera, no lo hagais, y permaneced alejado de este suelo funesto el resto de vuestros dias.»

—Observad, prosiguió el anciano, volviendo á doblar la carta, que este escrito lleva la fecha de seis meses despues de la partida de D. Carlos. Ahora bien, aunque este daba entero crédito á las palabras del monje, queriendo ver por sus propios ojos la supuesta infidelidad de su esposa, llegó secreta y cuidadosamente disfrazado al monasterio. Fr. Guillermo habia dispuesto tan hábilmente las cosas, que D. Carlos fué víctima de su perfidia. Vais á oír cómo.

Si bien el monge escribia á D. Carlos que su esposa habia recobrado completamente la salud, esto no era cierto. La profunda melancolía de aquella jóven, si no habia tomado creces durante la ausencia de D. Carlos, tampoco habia disminuido. Aunque su madre por amor y el monje por interés, la rodeaban de toda clase de seducciones, aquella infortunada jóven huia cuanto podia las fiestas y placeres con que se la brindaba; buscaba la soledad y parecia gozarse en el aislamiento. Nada era capaz de hacerla salir de la especie de apatía en que se hallaba sumergida, y el ojo menos perspicaz, podia obsevar en ella los estragos del sufrimiento moral. Su mirar era triste y sombrío; sus párpados se veian frecuentemente rojos y entumecidos, dejando á veces escapar alguna lágrima involuntaria; su tez, antes tan tersa y brillante, estaba marchita, su apetito escaso, su respiracion corta é interceptada por débiles suspiros.

Mas tarde supe que Fr. Guillermo sacó partido de aquella triste situacion para decir á la madre de la jóven.

— Vos amais á vuestra hija y no retrocederiais ante ningun sacrificio para devolverle su perdida salud ; lo sé ; pero si yo os propusiera un medio algo violento en apariencia, pero puro en la intencion ¿lo aceptaríais?

— Todo lo acepto, contestó la madre , mientras se salve mi hija.

— Pues bien ; me he convencido que todas las sensaciones mas ó menos vivas que hasta el presente le hemos procurado, son impotentes para vencer el rebelde mal que la oprime. Ninguna de ellas ha llegado á su alma. Hagamos pues vibrar una de las cuerdas mas sensibles en el corazon de la mujer, y si lo logramos, el triunfo será nuestro. Vos me habeis confiado que por razones de delicadeza que aplaudo, habeis impedido que bajo ningun pretexto se acercára á vuestra hija su antiguo amante, esto es, el opulento noble á quien habiais destinado su mano antes de conocer á D. Carlos. Además me habeis dicho alguna vez, que este jóven ha dado muestras de abrigar todavía los mismos sentimientos que un dia mostrára por vuestra hija. ¿Quién sabe si empleáramos con prudencia y tino este amor, lograríamos despertar de su profundo letargo á la jóven? La prueba es atrevida y hasta si quereis imprudente; pero no quiero tampoco ocultaros que amenaza á vuestra hija una consuncion que lentamente minará su existencia. Antes que abandonarla á los recursos naturales, es un deber sagrado para vos acudir con todos los medios imaginables á su salvacion y no dudo que lo hareis por vuestra parte. Recordad que á grandes males necesarios son grandes remedios, y si bien se mira, nos hallamos nosotros de por medio para apagar la llama cuando amenaze un incendio. La ocasion es ahora cual nunca propicia, y podemos realizar nuestro propósito sin que nadie se aperciba de ello. Vos sabeis, vuestro talento así me lo ha revelado, que el corazon de la mujer todo es amor, en él funda toda su existencia; es otra alma de su vida; rodeemos

pues de amor á esa infeliz criatura ; tal vez su poderosa voz le despierte del estado de postracion en que la vemos; quizás el agradecimiento, los recuerdos ó la esperanza, le vuelvan á la vida, y si así lo logramos, como cuasi tengo una íntima conviccion de ello, luego acudiremos nosotros con la prudencia y la reflexion para sujetar á cada cual en los límites de sus deberes respectivos. Atended que os habla un hombre á quien las pasiones humanas han enseñado mucho, y que habiendo navegado por el proceloso mar del mundo antes de vestir este humilde hábito, es un náufrago que así conoce los escollos como las vías de salvacion.

Estas ó parecidas palabras dijo Fr. Guillermo á la madre. Ignoro si al principio halló resistencia; pero es cierto que el rival de D. Carlos vino á la granja. ¡Quién sabe si aquella imprudente mujer, aparte el logro de la salud de su hija, tuvo en cuenta que si faltase un dia el esposo de esta, podrian cumplirse sus sueños de ambicion! El opulento mayorazgo llegó á la granja y el monje y su cómplice con su culpable proceder, hubieron de poner en planta su plan infernal. Me era desconocida á mí entonces la passion que abrigaba aquel hombre por mi señora; pero no tardé en conocer por su comportamiento, que mal ocultaba el fuego que ardia en su seno. Tentado estaba de revelárselo á la madre de la esposa de mi amo y á Fr. Guillermo, cuando éste llamándome un dia aparte me dijo:

—Voy á poner á prueba vuestra acendrada fidelidad por vuestro amo, confiándoos una sospecha tal vez injusta que me atormenta. Necesito de vuestro auxilio para convencerme de que mis sentidos no me engañan. He observado que nuestro ilustre huésped se muestra muy atento y obsequioso con la esposa de don Carlos. ¿Abrigaria tal vez este hombre siniestras intenciones?

—No os habeis engañado: este hombre es un malvado; y puesto que confiais en mi lealtad, os aconsejo que cuanto antes mejor alejéis de este sitio á semejante persona.

—¿Creeis, me dijo el monje, con fingida sorpresa, que sea tan peligrosa su presencia?



—Sí, lo creo, le dije. No quiera Dios que sospeche de la virtud de mi señora; pero he visto y oído cosas que han despertado en mí la mas viva alarma. Si vos nada me hubieseis dicho, todo lo habria callado; un criado debe ser mudo y ciego cuando así convenga á sus amos.

El perverso monje, que indudablemente habia procurado engañarme con las apariencias, me estrechó cordialmente la mano y me dijo al oído:

—Vigilad, vigilad mucho, pero sin que nadie se aperciba de vuestra intencion.

Fray Guillermo en los dias que siguieron á esta conversacion, puso indudablemente á prueba la virtud de mi señora. pero lo hizo con tan diabólica astucia que todas las apariencias la condenaban. Entonces tambien conocí que la madre protegía los supuestos, si bien que criminales amores de su hija; pero esta á pesar de tantas y tan vivas seducciones; á pesar de haber sido combatida tal vez con otras alevés armas, os aseguro por lo mas sagrado, en momentos bien terribles me lo confesó ella misma, como pudiera hacerlo delante de Dios á quien nadie puede engañar, aquella mujer digo, fué siempre virtuosa y rechazó primero con indignacion y despues con horror el amor que le profesaba su primer amante.

Este, que apenas contaba treinta años, durante su permanencia en la granja pasaba una buena parte del dia entregado al ejercicio de la caza en compañía de dos criados, y el resto ó conversando con las señoras ó con Fr. Guillermo, que apenas se movia de la casa. Frecuentemente veía tambien al monje y al jóven solos en íntima conversacion. Al saber que Fr. Guillermo habia conocido sus intenciones, creía que trataba de ahuyentar de su alma los malos pensamientos; pero desgraciadamente uno y otro conspiraban contra el honor de mi amo. La granja tenia dos pisos espaciosos que comunicaban por medio de una escalera interior. La esposa de mi amo, ya cuando estaba en compañía de éste, ya en su ausencia, ocupaba el mejor aposento de uno de los

ángulos del piso principal, en frente del de su madre. Una sala cuadrilonga separaba ambas habitaciones, y así ésta como aquellas, tenían salida á una galería corrida que rodeaba la casa. Un frondoso emparrado cerraba esta galería, que á su vez comunicaba por medio de una ancha escalera con un dilatado jardín. Los huéspedes, cuando los habia, tenían sus dormitorios en el piso segundo. A la sazón se contaba únicamente el mayorazgo y sus criados. Yo, que habia dejado mi esposa en la ciudad, también tenia mi cuarto en el piso segundo.

Fray Guillermo ordenaba y disponia en la casa como si fuese el dueño. Uno en pos de otro, habian sido despedidos, bajo fútiles pretestos, los antiguos criados y yo fui el único que quedé de la servidumbre de mi amo. Una doncella tan malvada como el monje, fué puesta al lado de mi ama. Tenia aquella jóven su misma edad y estatura, y obraba, como oireis luego, en entera conformidad á las instrucciones que le daba el monje. Dos dias antes de la terrible escena que voy á referiros, Fr. Guillermo persuadiria sin duda á la madre de mi señora para que morase de noche en su mismo aposento. La hija obediente á una voluntad superior, pasó á ocupar una de las dos camas gemelas que fueron colocadas en la alcoba de su madre. El aposento destinado para los esposos cuando vivian juntos y que hasta entonces lo habitára mi señora en compañía de su doncella, fué ocupado únicamente por esta última. Este cambio sin embargo no lo supe yo entonces.

Dos dias despues de haberse verificado, fui llamado aparte por Fr. Guillermo cuando ya era muy entrada la noche; me condujo hasta el jardín, y haciéndome sentar á su lado junto á un bosquecillo de arbustos, me dijo:

—No dudo que vuestras observaciones os habrán convencido de la triste verdad.

—En efecto, le contesté. Es preciso que arrojeis cuanto mas pronto mejor á ese infame de la casa.

Anoche, según vuestras instrucciones, estuve oculto en el es-

tremo de la sala cuadrilonga que conduce al aposento de la señora. Apenas dió media noche, oí pasos en la escalera. Una persona, que comprendí no podía ser otro que el forastero, provisto de una llave, abrió sin ocasionar apenas rumor, la puerta del piso principal que yo habia cerrado al entrar, atravesó la sala y dirigióse al aposento de mi señora. Llamó muy quedo y la puerta le fué al punto abierta. Confieso, padre, dije entonces al monje, que me vinieron tentaciones de dar muerte á aquel infame, pero el respeto y el temor de manchar el honor de mi señora, me contuvieron. Sin embargo, dando apenas fé á mis sentidos me adelanté de puntillas hasta la puerta. En el momento que llegué, la luz se habia estinguido y el rumor, nada equívoco que percibí, me convencieron de la horrible realidad. Me retiré asombrado á mi aposento, preguntándome como era posible que aquella mujer á quien yo creia tan pura, manchase tan infamemente el tálamo nupcial. No pude conciliar el sueño, y en mi desvelo oí que una hora mas tarde volvia á entrar en su aposento del cuarto segundo el infame seductor.

—No puedo creerlo, contestóme el monje, como si le hubiesen enojado mis palabras. Habrá sido una ilusion de vuestros sentidos.

—Os juro, padre mio, le contesté, que es la pura verdad cuanto os he dicho.

—Es menester que me convenza yo mismo. Si bien es cierto que habia adivinado el funesto amor de este hombre, estaba lejos de imaginar que las cosas hubiesen llegado á este punto.

Pareció que el monje reflexionaba y despues me dijo:

—No puedo convencerme, es preciso que yo lo vea. Si anoche aconteció lo que me acabais de decir, es probable que se repita hoy ú otro dia. Yo velaré. Id al punto al monasterio y decid que esta noche me quedo á velar á la enferma; que es necesaria mi presencia; en fin, decid lo que gustéis.

Iba á cumplir sus órdenes, cuando de repente me sentí oprimido por una mano de hierro que sujetaba mi brazo. Al través

de la oscuridad que reinaba en el jardín, ví brillar dos ojos como dos ascuas, luego una voz que al punto conocí ser la de D. Carlos, me dijo:

—Acabas de jurar la perdicion de mi dicha y de mi alma; infeliz de tí si has faltado á la verdad!

—Señor, le contesté, como quereis que yo mienta cuando se trata del honor de mi amo á quien tantas pruebas le tengo dadas de fidelidad?

Don Carlos no me contestó. Soltóme el brazo y alejándose dos ó tres pasos dijo algunas palabras al oido del monje. Entonces parecióme que mi amo vestia un traje religioso semejante al de éste. Luego volvió Fr. Guillermo á mi lado, y me hizo sentar otra vez junto á él

—Rezemos, me dijo, por la salvacion del alma de esos dos desgraciados.

No sé el tiempo que se pasaria mientras estuve sentado al lado del monje, pero sí puedo deciros que se pasó mucho tiempo. Mi ánimo se hallaba tan perturbado y mi cabeza tan trastornada, que caí en un completo estado de postracion. Sacóme de semejante estado Fr. Guillermo, diciéndome al oido con estraño acento.

—Mirad como bajan al jardín como dos fantasmas.

El reloj de la granja daba la una de la madrugada: la luna empezaba á asomar en oriente, y á su pálido resplandor ví que mi amo vestia efectivamente un hábito religioso al igual del monje. Cubria su rostro el capuz y sus pasos eran majestuosos. Nosotros nos hallamos ocultos tras unos arbustos y podíamos ver sin ser vistos. A poca distancia del sitio que ocupábamos, formaba el jardín una plazuela en cuyo centro descansaba sobre un pedestal la imágen de la Virgen. La víspera, mi señora habia colocado en ofrenda al pié de la imágen, algunas coronas de flores que entregaba en sus paseos solitarios por el jardín. Al llegar á aquel sitio, mi amo detuvo sus pasos, y arrojando violentamente hácia atrás su capuz mostró el semblante á su rival. La luz iluminaba

completamente su rostro pálido como el de un cadáver. Su contrario nos daba la espalda, y por consiguiente no podía ver sus facciones; pero sin duda que aquel hombre quedaria como petrificado al reconocer al esposo de mi señora en el que tal vez creia antes á Fr. Guillermo. Durante algunos momentos permaneció en la mas completa inmovilidad. Mi amo le sacó de su estupor, diciéndole con ronca voz:

—Podia daros la muerte al salir del aposento de mi esposa, pero no lo he hecho por no manchar mi casa con la sangre de un malvado.

—Señor, murmuró entonces su rival, considerad que estais en un error que....

—Silencio, gritó D. Carlos. No intentéis encubrir con la mentira vuestra infamia. Os decia que podia haberos dado muerte y no lo he hecho; pero no creais que intente perdonar al que me la ha dado á mí, robándome mi honra y corrompiendo á la madre de mis hijos. Al punto defendeos ó del contrario os hundo este puñal en el seno.

Al propio tiempo D. Carlos blandia el arma matadora.

—Señor, os repito que...

—Silencio os digo: obren vuestras manos y enmudezca vuestra lengua vil.

—Estoy desarmado.

Don Carlos sacó del fondo de su manga otro puñal. Tal vez habia previsto aquella circunstancia y arrojó la cuchilla á los piés de su rival. Recogióla éste apresuradamente y aquellos dos hombres silenciosos como dos espectros, se arrojaron el uno sobre el otro.

—Padre mio, dije entonces al monje, salvadlos; y quise correr hácia ellos; pero Fr. Guillermo me lo impidió cogiéndose de mis vestidos.

Corta pero horrible fué la lucha. Los aceros brillaban como relámpagos. Un grito de dolor y una carcajada infernal sonaron cuasi al mismo tiempo en mis oidos. Aquel ay era el ay de

muerte del rival de D. Carlos; la risa horrible era la risa del monje.

El cuerpo del jóven habia caido desplomado; la herida habia sido mortal, la muerte instantánea.

Fray Guillermo salió apresuradamente de su escondrijo, y dirigiéndose á D. Carlos le dijo:

—Dios le ha castigado por vuestra mano; él tenga piedad de su alma.

Don Carlos tenia todavía el puñal ensangrentado en su diestra; pero su completo anonadamiento, su respirar jadeante, su mirada torva y feroz y el temblor convulsivo de todos sus miembros, revelaban cuando no el horror ó el remordimiento que sentia por el acto que acababa de cometer, un pensamiento terrible con el cual luchaba su alma. Yo me hallaba á dos pasos de distancia, cuando ví que levantaba el brazo é iba á clavar el puñal en su propio pecho. Arrojéme sobre él y no sin peligro de mi propia existencia, logré desarmarle. El monje nos contemplaba impasible.

—Recordad, señor, le dije, que teneis una hija. Si vos os dais la muerte ¿quién la protegerá contra las asechanzas del mundo?

Al recuerdo de su hija, D. Carlos salió de su estupor. Mirándome fijamente me contestó con un acento en el que iban mezclados la ira y el dolor:

—Sí, tengo una hija; pero es la hija de una adúltera. La maldicion de la madre caerá sobre la cabeza de su hija. Yo no puedo, no podria acostumbrarme á esta idea; mi vida seria un continuo tormento; acabe mi existencia con mi dolor.....

Y D. Carlos se desprendió de mis brazos para buscar á la claridad de la luna el arma que le habia arrancado y arrojado á lo lejos. Corrí en pos de él y otra vez logré contenerle; pero D. Carlos por muy robusto que yo fuese, lo era mas que yo en aquel momento; la desesperacion le daba la fuerza de un atleta. Viendo que iba otra vez á desprenderse de mis brazos y que tal vez no podria salvarle la vida, llamé en mi socorro á Fr. Guillermo;

pero el monje habia desaparecido. Miré á mi alrededor y tampoco estaba el cadáver. En aquél momento como si le hubiesen faltado de repente las fuerzas, D. Carlos cayó á mis piés. El rumor que ocasionó la caída de su cuerpo en el suelo, lo apagó otra carcajada satánica que sonó al extremo de una de las calles del jardín. Conocí aquella risa horrible, y deseando saber por qué el monje se reía de aquel modo en momentos tan solemnes, corrí hácia él. Como un sér evocado del averno ó como el espíritu de las tinieblas, corría mas que yo. Al abrir la puerta secreta del jardín que daba en un bosque cercano, le ví que llevaba sobre sus espaldas el cadáver del hombre á quien habia dado muerte mi amo. Llaméle repetidas veces, pero en vano; momentos despues habia desaparecido con el cadáver por entre las revueltas del bosque.

Entonces volé al lado de mi señor. Cuando llegué parecióme que volvia en sí. Un cambio completo se habia operado en su persona.

—He cometido un crimen horroroso, me dijo, debo espiarlo y lo espiaré. Dios perdona al pecador arrepentido. Todo ha acabado para mí; solo me resta un recuerdo funesto que acabará con mi existencia y la mancha de sangre que solo el dolor puede lavar. Sí, solo Dios puede borrar de mi mente los dias que fueron; yo se lo rogaré ardientemente y él que todo lo puede se apiadará de mí.

—Señor, ¿qué intentais hacer? ¿Qué será de vuestra esposa, qué será de vuestra hija si las abandonais? Vos habeis hablado de perdon y si Dios perdona ¿por qué no han de perdonar también los hombres? Tal vez el arrepentimiento suceda á la falta; quizás ésta no sea tan grande como parece: vos que tanto la habeis amado, vos que sois tan generoso, ¿por qué no habeis de ser superior en estos momentos á vuestra desgracia?

Parecióme un instante que mi amo titubeaba; mi corazón palpitaba, de placer y tendiéndole mis brazos le dije con las lágrimas en los ojos:

—¿No es verdad que perdonareis por su amor, por el que profesais á vuestra hija á la que os ha ofendido? decid, ¿no es verdad que la perdonais?

—¡Jamás! me contestó D. Carlos con ronco acento. Le dejo la vida para que la devoren los remordimientos, y si el darle la muerte hubiese sido mayor castigo, se la hubiera dado tambien, como se la he dado á este ser vil que yace á nuestros piés.

Y D. Carlos buscó con la vista el cadáver de su rival, y como no lo descubriese, en el colmo de su agitacion exclamó:

—¿Fray Guillermo, mi buen amigo, donde estais? Decidme, ¿Qué se ha hecho del que me robó el honor? ¡Yo le hundí el puñal en el corazon, se lo hundí, Fr. Guillermo! Todavía mis manos están sangrientas... estad seguro de que yo he dado muerte al miserable robador de mi honor!...

Una tercera carcajada estridente y prolongada sonó en los límites del jardin. Los ecos de la noche la repitieron á lo lejos.

— Señor, le dije entonces poniéndole apresuradamente la mano en la boca: no griteis que podria acudir gente y os perderiais.

Pero en presa otra vez del delirio mi amo prosiguió:

—Nada temas, mi fiel servidor, que esa risa es un bálsamo para mi desgarrado corazon; es la risa del monje, bien yo la conozco. ¡No ves que es la risa de mi buen amigo, que como yo, se goza en mi triunfo! Venid, Fr. Guillermo, venid; ya vereis si tengo valor, venid, y riamos juntos!

Y el desgraciado, queria reir y no podia; su risa era la risa de la demencia.

Pocos momentos despues oimos los apresurados pasos del estrenuo monge. Su rostro estaba bañado en sudor, pero á pesar de la fatiga, se veia pintado en él un gozo infernal.

—¡Pronto D. Carlos, salgamos de aquí! le dijo con voz jadeante; cada momento que permanecéis en este sitio, el peligro es mayor. Al punto seguidme!

Mi amo se dejó arrastrar algunos pasos. Luego como si le asaltase de repente una poderosa idea, fijó atentamente su vis-

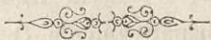


ta en la granja y un profundo suspiro se exaló de su pecho. Murmuró algunas palabras entre las que creí percibir la de hija.

—Salvaos, amo mio, le dije entonces, que yo me quedo al lado de vuestra hija. Nada temais, os juro que no he de abandonarla en los dias de mi vida.

Don Carlos me tendió los brazos, corrí á ellos y me abrazó como abraza un padre al salvador de su hijo. Todavía volvió la cabeza repetidas veces, y luego desapareció con Fr. Guillermo en las sombras de la noche.

Terminaré la primera parte, por decirlo así, de tan triste historia, dijo el anciano al llegar á este punto, añadiendo que al regresar á la granja reinaba el mas profundo silencio en ella. Nadie, al parecer, se habia apercibido de la trágica escena que acababa de tener lugar en el jardín. Al pasar por delante del aposento que creia ocupaba todavía mi ama, no sé que sentimiento embargaba mi alma; pero puedo aseguraros que era mas bien de compasion que de desprecio. ¡Desgraciada! ella dormia tal vez un sueño tranquilo, cuando la muerte y la desesperacion estaban en sus umbrales! ¡Juicios de Dios!



## VIII.

## La espada de fuego.



El anciano hizo una lijera pausa. D. Fernando, que sin duda habia adivinado ya quien era la hija de aquellos desgraciados padres, le escuchaba silenciosamente, sin que se atreviera á interrumpirle á pesar de los vivos deseos que tenia de salir de la duda que le atormentaba. No obstante resolvió esperar resignado el desenlace, imaginando no sin motivo, que todavía le quedaban por referir al padre adoptivo de María sucesos no menos tristes. El mancebo le rogó que descansase y el anciano á su vez le preguntó si podia prestarle todavía algun tiempo su atencion. Habiendo contestado afirmativamente D. Fernando, el antiguo criado de D. Carlos prosiguió así:

—Pronto habreis de conocer, amigo mio, si es que el trato de los hombres no os lo haya enseñado ya, que nunca hemos de fiarnos de las apariencias, porque estas suelen ser engañosas así en las personas como en las cosas. Mi buen amo se fió en la aparente amistad de Fr. Guillermo, y este hombre lo perdió á él y á su familia. Una falta acostumbra á engendrar otra falta, y ya en la pen-

diente del error, nuestra perdicion es segura. Como habreis podido apreciar, mi amo vió salir del cuarto que creia de su esposa al que imaginó un adúltero, y este hombre, si bien amaba á mi ama, nunca fué correspondido; y engañado por el monje y la doncella, en su ceguedad fué víctima de su amor.

Apenas brilló la luz de la aurora del dia que siguió á la terrible noche cuyas escenas os acabo de referir, Fr. Guillermo llamó á mi cuarto y despues de haberse asegurado por mi testimonio de que nadie se habia apercebido de la ausencia del mayorazgo, me dijo:

—Sin poder contenerlo, anoche apenas os dejé, cuando huyó de mí D. Carlos. En vano corrí en su seguimiento; las sombras de la noche me lo robaron. Sabe Dios lo que habrá sido de él. Urge pues sobremanera que procureis por todos los medios posibles averiguar su paradero y salvarle, si, como mucho me temo, peligrase su existencia. Nadie mejor que vos puede desempeñar esta delicada mision. Prometedme que no habeis de volver á la granja sin llevarme noticias suyas.

Se lo prometí. El pérfido me alejaba de la granja para llevar á cabo su plan de perdicion. Bien sabia él que no habia de encontrar á D. Carlos. No descuidó durante mi ausencia de volver á hacer ocupar el antiguo aposento á mi ama, y quien sabe si hasta imaginó perderme haciendo recaer sobre mi persona algunas sospechas por la misteriosa desaparicion del noble huésped. Pero ya fuese porque yo habia sido testigo de la triste escena de la noche anterior, ó bien que al pérfido monje le conviniese para el logro de sus horribles planes mi presencia en la granja, lo cierto es que me salvé entonces de sus pérfidas asechanzas.

En vano fueron mis pesquisas para descubrir el paradero de D. Carlos; nadie lo habia visto; dijérase que la tierra lo habia tragado. Ya entonces empecé á abrigar algunas sospechas contra el monje gerónimo. La repentina é inesperada presencia de mi amo en el jardín no podia ser casual. Imaginé, y resultó ser cierto, que Fr. Guillermo habia disfrazado á mi amo y conduciéndole

noche en el jardín, escondido en el bosquecillo de arbustos, había escuchado la conversacion que habia provocado el monje. Cuando estuve de regreso y le manifesté sumamente afligido que habian sido inútiles todas mis diligencias y afanes para averiguar qué habia sido de D. Carlos, lejos de ver pintada en su semblante la afliccion por la pérdida de un amigo entregado á la desesperacion, me pareció ver brillar en su rostro el contento, y aquella insólita alegría me recordó la infernal carcajada del jardín. Fray Guillermo, repito, ya dejó de ser para mí el buen amigo de mi amo. No sé porqué un triste presentimiento me decia que aquel hombre era un traidor.

Me hizo prometer que á nadie del mundo revelaria la escena del jardín y por consiguiente la desaparicion del opulento mayoralazgo.

—Sea para todos un misterio la víctima del deshonor de vuestra señora. Yo me encargaré de encaminar á esta alma perdida por el sendero de la virtud. Por lo que hace á vos, estais libre de continuar al lado de esa mujer á quien la sociedad arrojaria de su seno si supiese su infame comportamiento. Yo no debo abandonarla; sobre ser el amigo de su esposo, mis deberes religiosos lo exigen así.

—Tampoco quiero abandonarla, le contesté. Prometí á mi amo que velaria por su esposa y por su hija y lo cumpliré.

—Está bien, me contestó el pérfido; pero no sé si será posible que vuestra señora sostenga el antiguo tren de su casa. Reservadamente debo decirlo, que yo que he administrado durante la ausencia de D. Carlos su patrimonio y que ahora mas que nunca debo hacerlo, me he visto obligado á contraer empréstitos onerosos para sufragar los cuantiosos gastos que sus viajes y los medios empleados para la curacion de la señora han ocasionado. Estos empréstitos no solo reclaman ahora la enagenacion de una parte del patrimonio, sino que exigen que se hagan pronto grandes economías y.....

—Os comprendo, le interrumpí; renuncio á mi salario. Ya me

ganaré la vida en los momentos que me dejen libres mis deberes, y si esto no basta, mendigaré mi sustento y el de mi ama.

Fr. Guillermo se alejó entonces de mi lado exclamando con hipócrita acento.

—¡Admirable criado!

La desaparición del mayorazgo quedó envuelta en el mas profundo misterio. Todas las averiguaciones de su familia fueron infructuosas, como lo habian sido mis indagaciones para saber el paradero de mi amo. El monje sin duda confiaria al silencio de la tumba el cadáver de aquel jóven; pero ¿yacía en el reposo del sepulcro D. Carlos, ó bien confiando en el perdon de Dios, cuya esperanza habian murmurado sus labios en la noche fatal, se habia ocultado en las soledades del retiro para consagrarse á la penitencia? Hé aquí cuales eran mis dudas que nada ni nadie podian desvanecer.

Durante algun tiempo no se observó en la granja ningun cambio notable. Como en los primeros meses de nuestra permanencia en ella, los huéspedes eran poco numerosos; las visitas cada vez mas raras. El mayor sosiego reinaba en ella. Habian acabado las fiestas y placeres, pretestando el monje la aflicción que debia haber en la familia por la inexplicable desaparición de uno de sus ilustres huéspedes. La convalecencia de mi señora habia hecho rápidos progresos y su madre parecia abrigaba intenciones de regresar y permanecer durante algun tiempo en la ciudad. Tocaba el fin de la estación de otoño y habia cumplido un año que habíamos en el campo.

Aquella calma, aquel sosiego, eran los que preceden á la tempestad. La espada de fuego vibrada por la mano del inicuo monje, amenazaba descargar un segundo golpe. Para satisfacer su brutal pasión debia aniquilar á la familia y su perdición estaba resuelta.

Ya fuese por su propia voluntad, echando á menos los placeres de la ciudad, ya por las instigaciones del monje que tenia un gran dominio sobre ella; bien que la salud de su hija no reclamase ya su inmediata presencia, la madre de mi señora regresó á la

ciudad. Fr. Guillermo había persuadido á aquella y los dos á la esposa de D. Carlos, que la falta de sus cartas, debía atribuirse á un viaje lejano y por consiguiente á la dificultad en las comunicaciones. Sin embargo, apenas estuvo ausente la madre, otro fué el lenguaje y otro el comportamiento del monje. So pretesto de economías, con fingido sentimiento, me despidió del servicio de la señora, diciéndome que no debía permitir que esta gastase lo que le era necesario, ni tampoco tolerar que una persona tan querida de su servidumbre, apelase á sus propios recursos para procurarse lo indispensable para cubrir las necesidades de la vida.

—Ya me basto yo para velar por la madre y por la hija.

En vano fueron mis súplicas y protestas, mis lágrimas y desesperacion. El monje estaba revestido de todas las facultades de un dueño absoluto y Fr. Guillermo era inflexible. Salí de la casa por necesidad, pero no me alejé de ella.

Fr. Guillermo no se separaba un momento del lado de mi señora; era la serpiente venenosa que poco á poco va enroscándose en torno de la víctima que intenta devorar. Mis sospechas habían tomado cuerpo en aquellos últimos tiempos y yo había jurado no abandonar á mi señora y á su hija, que á la sazón apenas contaba tres años de edad.

Fray Guillermo supo que me había retirado cerca de la granja en casa de unos aldeanos cuyo techo y mesa me fueron ofrecidos en cambio de la educacion de sus hijos. Había aceptado la benévola acogida que me dispensaban aquellas hospitalarias gentes, imaginando que llegaría un día en que mi señora volvería á llamarme á su presencia; porque me había olvidado decirles que aquella virtuosa señora, se había negado á recibirme y escucharme cuando fuí despedido por el monje. Confaba pues, que un día había de llegar, estando cerca de ella, en que pudiera sincerarme de los injustos cargos y falsos testimonios que había puesto sobre mi persona el perverso monje; y éste, á quien sin duda no hubieron de ocultarse mis intenciones, apeló á las armas de la astucia que tan hábilmente esgrimia, para alejarme

de aquel sitio. Llegóse á mí y con palabras melosas é hipócritas, me quiso convencer que se interesaba vivamente por la suerte de D. Carlos.

—Tomad, me dijo, poniéndome en la mano una bolsa llena de oro. Recorred toda la España; indagad, preguntad, averigüad cual haya sido el paradero de vuestro amo y de mi amigo, y si esta cantidad que os doy no os basta, si es preciso visitar los países extranjeros para que puedan verse colmados nuestros deseos, escribídmelo, que no os faltará lo necesario. Partid sin demora, nadie mejor que vos puede cumplir tan delicada mision.

Acepté el encargo y el dinero, porque mucho queria á mi amo y porque mis escasos recursos no me permitian llenarla sin aquel auxilio; pero si bien prometí al monje partir pronto, resolví apurar antes todos los medios para poder ver á mi señora. Cada vez mas crecian mis sospechas de que Fr. Guillermo era un infame. La escrupulosa vigilancia que ejercia para que nadie hablára ni se acercára siquiera al lado de mi ama, como no fuesen las personas que él habia elegido para su servidumbre, acrecentaba mi recelo.

A los dos dias de mi entrevista con el monje, fuí al convento para despedirme de él. No estaba; el portero me dijo que lo hallaria en casa de D. Carlos. Me encaminé á la granja. Era al caer de la tarde y la puerta del primer patio ya estaba cerrada. Llamé repetidas veces, pero en vano. Comprendí que los criados me habian visto, y que tenian órdenes terminantes de no darme siquiera contestacion. Entonces valido del encargo que me habia hecho Fr. Guillermo, discurrí que aunque penetrase artificiosamente en la granja, se me perdonaria tal vez mi audacia, y aventuré la entrada. ¿Quién sabe, dije para mí, si la casualidad querrá que vea á solas á mi señora? Para ocultar mejor mi intencion, fingí alejarme cabizbajo, y dando un rodeo volví á acercarme á la granja. Conocia, como podeis comprender muy bien, todas sus entradas y salidas, y casualmente habia conser-

vado en mi poder la llave que abria la puerta de una escalera secreta que desde el piso bajo conducia al cuarto segundo. Aquella escalera la habia mandado construir Fr. Guillermo para que los huéspedes de la casa pudieran bajar al jardin sin necesidad de atravesar el piso principal. Sin embargo, para llegar á aquella puerta me era necesario penetrar en el jardin, y este se hallaba cercado de un alto muro en cuasi toda su estension y digo cuasi, porque en su extremo confinante con el bosque de que os he hablado anteriormente, en vez de cerca de piedra, habia en una corta estension de terreno, un espeso cañaveral que hacia las veces de aquella.

Recordándolo en aquel momento, me encaminé á dicho sitio apresurando el paso, y no sin alguna dificultad, pude vencer la valla. Ya en el jardin, adelantando con mucha precaucion, logré llegar á la plazuela donde habia visto la última vez á don Carlos y cuya arena habia sido regada con la sangre del desgraciado jóven. Dirigí una mirada á la imagen de la Virgen y ví que ninguna corona de flores habia sido dispuesta en ofrenda á sus piés. Me alejé de aquel sitio con el corazon oprimido y encaminéme resueltamente á la casa. El mas completo silencio reinaba en ella. Abrí la puerta secreta; subí por la escalera citada al cuarto segundo, cuando ya anohecia, y llegué al aposento que por tanto tiempo habia ocupado y que á la sazón estaba desierto. Pensé desde allí bajar al cuarto principal para ver si la fortuna me favorecia para poder hablar á solas con mi señora; y ya me disponia á hacerlo, cuando oí confusamente la voz de aquella. Luego como si se abriera violentamente una puerta, la misma voz dijo con indignacion:

—¡Jamás! ¡jamás!

Siguió el rumor que producen dos personas corriendo. Aquel rumor fué estinguiéndose gradualmente y en seguida volvió á reinar el silencio.

Entonces me decidí á bajar; llegué á la sala cuadrilonga de que ya teneis noticia, y me encaminé al aposento de mi ama. Es-



taba la puerta abierta, pero no habia nadie en él. Ví con asombro que algunas sillas y otros muebles estaban derribados y la capa del monje arrojada en el suelo. Me disponia para salir, cuando volví á oír el rumor de antes; pero los pasos eran menos precipitados. La noche habia cerrado: la mas profunda oscuridad reinaba en el aposento. Indeciso estuve durante algunos momentos acerca del partido que debia tomar; pero aun cuando las tinieblas hubiesen favorecido mi fuga, y pensé hacerlo, una fuerza irresistible, la Providencia sin duda, que vela por los desgraciados, me impulsó á quedarme. La persona cuyos pasos sonaban cada vez mas cercanos, no podia ser mi ama: eran los pasos de un hombre. No se por qué el corazon me decia que aquellos pasos eran los del monje. En esta creencia resolví esconderme y lo hice tras las cortinas de la alcoba de mi ama. Apenas hube entrado en mi escondrijo, el desconocido penetró en el aposento: colocó cuidadosamente un cuerpo pesado sobre un canapé que habia en él y luego volvió á salir precipitadamente.

Un suspiro, que resonó en el fondo de mi corazon, llegó hasta mí en aquel momento. Tentado estuve de salir de mi escondrijo y averiguar si era verdad lo que un triste presentimiento me decia, pero la prudencia me aconsejó aguardar y esperó.

La persona que antes habia salido, cerró cuidadosamente los balcones y puertas exteriores y entrando otra vez en el aposento hizo otro tanto con la puerta de éste. Luego conocí que habia encendido una lámpara; pero como yo me hallaba muy oculto, su claridad no podia descubrirme. Se pasaron todavía algunos momentos en silencio; luego la voz del monje, porque aquel hombre era Fr. Guillermo, dijo:

—Vuelve en tí, amada mia, mírame á tus piés suplicante como el reo que implora el perdon de su juez. Yo te amo, como ningun hombre haya amado nunca á muger alguna; una mirada, una palabra tuya me enagenan el alma y me colman de suprema felicidad.

Me estremecí al oír aquellas terribles palabras. Mis tristes sentimientos se habían trocado en espantosas realidades: mi amo había sido la víctima de aquel malvado y su esposa se hallaba en el borde del abismo. Pero yo que no pude salvar á D. Carlos, y que inocentemente contribuí á su ruina, podía, debía salvar á su esposa y resolví hacerlo. Pedí á Dios que me diese las fuerzas y prudencia necesarias para acometer mi difícil empresa, y creyendo que si fuese conocida mi presencia en aquel sitio pudiese perjudicar á mi señora, resolví esperar resignado, no saliendo en su defensa sino en un caso extremo. Diéronme ánimo para permanecer silencioso las palabras suplicantes del monje. La esposa de mi amo se resistía; yo, que siempre había confiado en su virtud, entonces más que nunca creí que todos los esfuerzos de aquel hombre se estrellarían ante su inflexibilidad. Todavía más: creí desde aquel momento que mi señora era inocente de haber faltado á la fé debida á su esposo. Pronto habreis de oírlo, prosiguió el anciano, por las palabras del diálogo que siguió y cuyo recuerdo no se borrará nunca de mi memoria.

Para que comprendais mejor las palabras que voy á referiros, habeis de saber que habiendo aislado el monje completamente á la esposa de D. Carlos y no permitiendo que nadie se acercára á ella sino sus afiliados, le había declarado su impuro amor. Mi señora había oído primero con horror y después con desprecio semejante declaración; pero no por esto había cejado el monje; por el contrario, cobrando ardor con la resistencia, aquella tarde había apelado tal vez á la violencia para satisfacer su brutal pasión. La esposa de mi amo había logrado huirle, pero pronto hubieron de faltarle las fuerzas y quedó desmayada. Sin sentido, fué como Fr. Guillermo condujo á aquella desgraciada en el aposento en que me hallaba oculto. Cuando volvió en sí prosiguió el monje: —Inútil será que resistas á mi amor, he jurado que debias ser mía y lo serás. Tú, mujer angelical, por primera vez has logrado encender en mi pecho la llama que me devora, solo tu ilimitada posesión puede poner término á mi delirio. Yo te he rogado de

rodillas que te apiadáras de mí y me concedieras el cariño que tenias por D. Carlos y por tu primer amante. Si ambos te han abandonado, si tal vez en este momento se hallan en brazos de otras mujeres, si por su desvío é infidelidad eres libre ¿por qué, aunque no sientas amor por mí, no has de arrojarte en mis brazos para vengarte?

—Ya os dije, contestóle con justa indignacion la esposa de Don Carlos, que me causan horror vuestras palabras. Os desprecio y abomino. Apartaos de mi presencia, y no mancheis el santo hábito que vestís con vuestro torpe proceder.

—Me desprecias porque soy un monje, mujer ingrata, pero estás en un error. Yo no soy fraile aunque vista el hábito. Malos consejeros me arrastraron al claustro donde entré ciego y sin fé. Yo no soy monje aunque sea este mi traje; mi corazon fué libre hasta el instante en que te ví; porque si mi boca prometió, mi alma no podia renunciar á la adoracion de la mas bella de las criaturas. Si te causa espanto este vestido, habla y al punto lo arrojaré y contigo huiré hasta los confines del mundo.

—Mas que vuestro hábito me espantan vuestras osadas palabras, indignas y criminales en boca de un ministro del Señor. Y aun cuando así no fuera, aunque gozaseis de completa libertad de sentimientos, ¿cómo quereis que pudiera oiros sin estremecerse una mujer que como yo ha jurado eterna fé á su esposo? Volved de vuestro delirio, Fr. Guillermo; y avergonzaos de tan horrible proceder.

—¡Cuán injusta eres! ¿Si el rival de D. Carlos fué correspondido, por qué no debo serlo yo?

—Mentís infame; nunca dí oidos á ese hombre que vos y mi imprudente madre conduciste á mi lado; vos para perderme, ella seducida por vos.

—Ah! exclamó el monje con acento de gozo! ¡Cuan dulces son para mí estas palabras! ¿con qué no fué correspondido ese hombre que quiso arrebatarme tu amor? ¿con qué sus sacrificios fueron estériles y sus palabras impotentes? Gracias, ángel

mio, gracias! Porque si supieras cuanto sufría al verle constantemente á tu lado, respirar el aire que tú respirabas, seguir tus pasos cual tú sombra y poder escuchar á cada momento tu divino acento! Porque yo te amo con delirio; porque desde el instante en que te ví yo sufrí inauditos tormentos; porque los celos me devoran y sería capaz de todo antes que renunciar á tu posesion.

—Fray Guillermo, sellad vuestros labios. La esposa de D. Carlos no debe escucharos ya mas; salid, salid al punto! Repito que os desprecio!

—¡La esposa de D. Carlos! repitió el monje con reconcentrada ira, viendo que eran infructuosos sus ruegos. ¡La esposa de don Carlos! Sí, lo erais un dia, pero aquel tiempo ya fué. No alimenteis vanas ilusiones!

—¿Qué intentais decir? gritó mi ama.

—Que borreis de vuestra memoria la imágen del que llamasteis vuestro esposo, como ha quedado borrada la vuestra para siempre en él.

—Mi esposo, si es que sus malas pasiones han podido alejarle de mí, volverá, sí, volverá un dia al lado de la madre de su hija.

—No volverá jamás.

—Quien podrá impedirselo? ¿Vos tal vez? Todos vuestros esfuerzos serán impotentes contra el amor de mi esposo

—Digo que nunca mas habeis de volver á ver á vuestro esposo. Arruinado y con el dolor en el corazon, tal vez haya algunos dias que ha dejado de existir.

—No os creo, dijo aquella mujer con heróico esfuerzo.

—Pero dareis fé á estos documentos, contestó Fr. Guillermo, quien sin duda hubo de mostrárselos.

—Y bien, ¿qué significan estos papeles?

—Significan dos cosas muy sencillas. En primer lugar que D. Carlos me ha hecho cesion absoluta, á fin de poder satisfacer á sus acreedores, de cuanto poseia y que por consiguiente su esposa é hija quedan reducidas á la miseria si la primera continúa despreciándome y arrojándome de su lado. En segundo lugar signifi-

can la decidida intencion de D. Carlos de no volveros á ver jamás, tal vez de buscar en el reposo de la tumba el fin de sus dolores.

Hubo un momento de silencio, durante el cual sin duda aquella infortunada mujer reflexionaria ó leeria los documentos que le presentaba el monje. Despues éste prosiguió:

—No llores, ángel mio, que yo tengo bastante crédito para poder salvar todavía tu patrimonio y bastante amor para hacerte olvidar el que has perdido. Y puesto que es forzoso decírtelo todo, sepas que no has de volver á ver nunca mas á D. Carlos. Este hombre, si existe, no existe para tí.

Creí que aquellas terribles palabras hubiesen herido en lo mas vivo del alma á mi ama, pero no fué así; porque contestó al monje con acento resuelto.

—En vano será que apeleis á los medios mas reprobados é infames. Os repito que no doy fé ni á lo que me decís ni á lo que me mostrais. Id si no quereis que pierda el respeto á mi decoro.

—¿Con que son inútiles todos mis ruegos? repuso Fr. Guillermo con reconcentrada ira. Pues bien, el tiempo curará tu terquedad. Como lo eres conmigo, yo seré inflexible contigo. Entiende que desde este momento quedas encerrada en este aposento; sin que te sea permitido salir sin mi permiso. Tus criados solo obedecen mis órdenes; inútil será toda resistencia.

—Sois un mónstruo, dijo la esposa de D. Carlos; pero Dios se apiadará de esta infeliz y el castigo divino mas ó menos tarde caerá sobre vuestra cabeza. No importa que me encerreis, mientras me vea libre de vuestra abominable presencia.

El monje, que en su ira, sin duda se gozaba en su dolor, prosiguió:

—Me verás todos los dias, todas las horas, todos los momentos, porque yo no puedo vivir sin tí y tú no querrás darme la muerte.

Reinaròn algunos momentos de silencio. Sonaron algunos pasos y creí que Fr. Guillermo se alejaba. Entonces con mucha precaucion separé un poco uno de los ángulos de las cortinas que

me ocultaban y ví al monje que cerraba con candado los postigos del único balcon del aposento que daba salida á la galería exterior. Temeroso de que no me viera, volví á esconderme. A poco añadió:

—Quedas privada de la libertad y de la luz. ¡Ay de tí si te empeñas en mostrarte sorda á mis súplicas!

—¡Antes la muerte! ¿lo entendeis? dijole mi ama; antes la muerte que dar oido á vuestras palabras!

—Pero tambien antes de morir, prosiguió el monje con aparente calma, habrás de recordar que tienes una hija que se halla en mi poder y de cuanto es capaz la venganza.

Hasta entonces mi ama habia resistido con heróico esfuerzo los terribles ataques del perverso monje, pero herido profundamente su corazon maternal con las palabras que acababa de proferir el desapiadado fraile, la infeliz hubo de deponer su justo orgullo á los piés del tirano.

No me siento con fuerzas, prosiguió el anciano, para referiros la desgarradora escena que siguió; pero quiso Dios que saliera triunfante la virtud de mi señora. Si aquel hombre era cierto que la amaba, preciso era que tuviese un corazon de tigre para no conmovirse en presencia de tanto dolor.

Por fin aquel verdugo dirigiéndose hácia la puerta, la dijo:

—Te concedo todo el dia de mañana. ¡Tu amor ó tu hija!

—¡Piedad, señor, piedad para esta triste madre!

—¡Hasta mañana!

Cerróse la puerta y Fr. Guillermo se alejó. Soló el amargo llanto de mi señora interrumpia el silencio que reinaba en el aposento. Todavía dejé pasar algun tiempo, temeroso de que el monje no estuviere escuchando, hasta que imaginando que ya era probable que se hubiese entregado al descanso, y habiendo cesado tambien el llanto de su víctima, salí del escondrijo. La mas profunda oscuridad reinaba en torno mio. Fr. Guillermo habia estinguido ó llevádose la lámpara. Por los suspiros mal ahogados de mi señora, descubrí el sitio que ocupaba y me diriji á ella.

— Ama mia, la dije, soy yo que vengo á salvaros.

Al oír mi voz se estremeció y quiso gritar, pero yo se lo impedí poniéndole la mano en la boca. Habia previsto aquel momento peligroso y logré salvar el peligro. En breves palabras la tranquilicé y corrí al balcon. No sin alguna dificultad con la punta de mi cuchillo logré arrancar el candado, y abriendo con suma precaucion el balcon salí á la galería. Nadie habia en ella; la noche era oscurísima y favorecia nuestra fuga.

—¡Valor, señora, la dije, Dios se ha apiadado de vos y pronto estaremos en salvo!

Bajamos al jardin, que atravesamos rápidamente y nos dirigimos al mismo sitio por donde yo habia penetrado en la tarde anterior. Como el paso se hallaba abierto, no se presentó ninguna dificultad. Cuando estuvimos ya algun tanto lejanos de la granja, dije á la esposa de D. Carlos.

—Vuestra persona no corre ya ningun peligro: ahora es preciso salvar á vuestra hija: este hombre es capaz de todo.

—¡Ah! sí, salvadla, corramos á salvarla!

—¿Pero dónde se halla?

—En poder de Fr. Guillermo.

Aquellas palabras helaron la sangre en mis venas. ¿Como arrancar del poder de aquel hombre rencoroso á la hija de mi señora? Era de temer que cebase en ella su venganza al momento que le fuese conocida la fuga de la madre. Los momentos eran preciosos, el tiempo urgía, pero qué partido tomar en aquellas horas de la noche para no despertar la desconfianza del monje?

—Es preciso que salveis á mi hija, repetia la desconsolada madre. Yo no quiero alejarme de este sitio sin ella; prefiero arrostrar todas las iras del monje, antes que abandonarla á los feroces instintos de su malvado corazon.

—¿Sabeis cuál es el aposento destinado para vuestra hija, le pregunté.

—Lo ignoro, contestóme con triste acento. Hace muchos dias

que no sé de ella. Fr. Guillermo me habia prohibido verla. Decíame aquella fiera que mi corazon no debia alegrarse, cuando el suyo estaba cubierto de luto.

—Pronto habeis de saberlo, seguidme!

—¿Qué intentais hacer?

—Acompañaros á la cabaña de un pastor amigo. En ella me aguardareis mientras voy en busca de vuestra hija.

—Pero ¿cómo lograreis?...

—Tengo dos medios poderosos, mirad!

Y al pálido resplandor de las estrellas mostréle un afilado cuchillo y una bolsa llena de oro. Era el oro que me habia dado Fr. Guillermo.

Dejé á mi ama en la choza del pastor, y volví á la granja. No llevaba ningun plan; pero un solo pensamiento absorvia todo mi sér. Habia prometido devolver á aquella infortunada madre su querida hija y estaba resuelto á cumplirlo á toda costa. Contaba con dos armas poderosas y confiaba que Dios ó Satan guiarían mis pasos. Dios se apiadó de la madre y triunfaron la virtud y la inocencia.

Eran las primeras horas de la madrugada cuando volví á penetrar en el jardin y con el auxilio de la llave que abria la puerta secreta que conducia al cuarto segundo, subí á la habitacion de los criados. Ya en ella, penetré en su interior. La fortuna hizo que saliera á mi encuentro la doncella que habia empleado el monje para perder á mi amo.

—¿Sois vos Fr. Guillermo? me dijo, porque la mas profunda oscuridad reinaba en el aposento. No debiais molestaros. Ya veis como tengo muy presentes vuestras órdenes. Ahora mismo iba á cumplirlas. Todavía tardará en brillar la luz de la aurora.

La voz de aquella mujer guió mis pasos; acerquéme á ella y tomándola resueltamente por el brazo la dije al oido:

—¡Silencio! tengo en mis manos la muerte ó la fortuna: elegido. Si dais un solo grito os hundo el puñal en el seno: si por



el contrario me contestais á lo que voy á preguntaros, os cubriré las manos de oro. Elejid!

—Hablad; pero no perdais un momento, porque Fr. Guillermo pudiera sorprendernos.

—¿Me conoceis?

—Sí; en vuestro acento he reconocido al mayordomo de D. Carlos.

—Pues bien; dentro de breves instantes voy á partir y desearia despedirme de mi ama. Acompañadme á su presencia.

—Imposible. Fr. Guillermo la encierra de noche y guarda en su poder la llave de su cárcel.

—¿Con qué no teneis medio para lograrlo?

—Imposible os repito.

—¿Quién se halla con ella?

—Está sola.

—¿Y su hija?

—Su hija se la llevó la madre de la señora.

—Mucho siento tener que alejarme sin poder ver ni á la una ni á la otra. Solo el cariño que á ambas profeso y la dificultad que habia hallado para satisfacer mi deseo, me decidieron á llegar hasta aquí. Ahora que mi conciencia está tranquila, adios!

Y vacié parte del contenido de la bolsa de Fr. Guillermo en sus manos. Con aquella parte salvaba á la hija; el resto debia servir para salvar á la madre.

Aquella mujer mercenaria me prometió el secreto. Ignoro si cumplió su promesa; pero ello es que me permitió salir del jardin sin dar voces.

—Corrí al lado de mi señora.

—Vuestra hija está salvada. La Providencia nos protege. Aquella se halla al lado de vuestra madre; pero como Fr. Guillermo la domina y pronto este hombre perverso va á saber vuestra fuga, urge sobremanera que la escribais me entregue á vuestra hija.

No sin alguna dificultad nos procuramos un pedazo de papel

y tinta y á la luz de los primeros albores de la mañana, me dirijí á la ciudad. Antes, no obstante, de alejarme del lado de mi señora, recordéle lo que la prudencia aconsejaba en semejante caso.

Tambien la fortuna me fué favorable por entonces. La madre de mi señora estaba acometida de una grave enfermedad, y con la cesibicion del billete de mi señora, me fué entregada la niña. Imposible seria describiros mi gozo.

No me habia engañado en mis sospechas. Al salir de la casa de la suegra de D. Carlos entraba en ella apresuradamente un agente de Fr. Guillermo con un pliego en la mano. Adiviné el contenido de aquel pliego. Aquel hombre no me conocia y pasó rápidamente por mi lado. Entonces tomé en brazos á la niña á pesar del cansancio que sufría y atravesé la ciudad en direccion á la habitacion que ocupaba Margarita mi esposa.

—Aquí tienes, la dije, á la hija de nuestra señora, que es nuestra hija. Mil peligros la rodean; escóndete con ella donde solo yo pueda encontrarte, que debo volver esta noche al lado de su madre.

Aquel dia cambiamos de habitacion con el mayor sigilo y habiendo tomado un lijero descanso, despues de haber anochecido, me dirigí otra vez á la cabaña donde se hallaba oculta mi señora.

Era ya muy entrada la noche cuando llegué cerca de la granja. A pesar de que habia tomado un caballo tanto á la ida como á la vuelta, salvando en una mitad del tiempo necesario el espacio que separaba la granja de la ciudad, precisas me habian sido algunas horas para regresar á la primera. Para dirigirme á la cabaña donde se hallaba oculta la esposa de D. Carlos, debia pasar por muy cerca de la granja. Todo yacia en el mas profundo silencio. Al doblar el ángulo que formaba la senda que conducia al bosque, debia tocar cuasi las paredes del jardin. Entonces volví la vista á la casa y quedé algun tanto sorprendido al ver que brillaba una luz en una de las habitaciones del cuarto segundo. Aquella habitacion era la que ocupaba la infame doncella.

—¿Qué objeto tendrá aquella luz? dije para mí. ¿Cómo en semejante hora de la noche los moradores de la granja no están entregados al descanso? ¿Si temerán que penetre yo otra vez en ella? ¿Si será Fr. Guillermo que se hallaba en compañía de la doncella?

En todas aquellas suposiciones padecía error. Fr. Guillermo aprovechaba las tranquilas horas de la noche en asuntos mas importantes de los que yo imaginára y cuyo resultado sabreis luego.

Me alejé rápidamente de la granja, no sin tomar las debidas precauciones á fin de no ser sorprendido. Para mí el monje era el genio del mal, de quien todo se debe temer y cuyas asechanzas son mas temibles cuanto se hallan mas ocultas. Cruzé el bosque por la única senda que habia practicable y al salir de la espesura un horroroso espectáculo se ofreció á mi vista. Desde aquel sitio, en vez de descubrir la cabaña en donde habia dejado á la esposa de mi amo y se dirigian entonces mis pasos, ví una hoguera que iba estinguéndose.

Temblando de todos mis miembros y con una angustia mortal salté de caballo, lo até á un árbol y como un criminal que huye la presencia de los hombres me adelanté, dando algunos rodeos hácia el lugar donde todavía el fuego devoraba los últimos restos de materias vegetales que le habian servido de pábulo. Pronto no me quedó ninguna duda. La cabaña habia sido abrasada; pero ¿qué habia sido de mi señora? ¿Habia perecido con el pastor que la habitaba en el funesto siniestro? ¿Fué éste casual? ¿Fr. Guillermo, aquel azote de la familia de mi amo, habia tenido parte en él?

Estas y otras mil preguntas me hacia mientras permanecia estático en presencia del inmenso brasero que ofrecian los escombros de la cabaña. A ninguna de ellas, sin embargo podia darme cumplida contestacion. Todo era posible; nada seguro. ¿A quién interrogar? ¿Cómo averiguarlo sin descubrir mi presencia? ¿Tal vez si me mostrase hubiesen de recaer las sospechas sobre mí?

El lugar era solitario y tampoco ningun vecino podia informarme. El monasterio era la habitacion mas cercana y este se hallaba á media legua de distancia. Pero yo no debia alejarme con la duda en el corazon. Habia jurado á D. Carlos no desamparar á su esposa y á su hija, y aunque hubiese sido á costa de mi existencia debia cumplirlo y estaba resuelto á hacerlo. La niña estaba ya muy segura al lado de mi esposa; yo debia arriesgarlo todo para salvar á la madre, ó tener al menos la triste conviccion de su desgracia. Aunque no ignoraba el peligro á que me esponia dirijiéndome á Fr. Guillermo, quise correr el albur. No obstante tomé algunas precauciones que me aconsejó la prudencia, para no caer en las redes que pudiera tenderme. Mandéle un mensajero al convento, diciéndole que una persona amiga deseaba hablarle á solas y en secreto á cierta distancia del monasterio. Señalé al efecto un lugar retirado, donde no faltó el monje á la hora señalada. Aquel semblante, por lo comun frio ó impasible, estaba demudado; sus ojos estaban hundidos, el color pálido, la respiracion penosa. Al verme, noté un lijero cambio, cierta agitacion involuntaria: sus labios temblaban en las primeras palabras que pronunció.

—¿Por qué me habeis hecho venir á este sitio? me dijo. ¿Qué objeto llevais ocultándoos? ¿Cómo habeis vuelto tan pronto? ¿Acaso habeis descubierto el paradero de D. Carlos?

—Os he hecho venir á este lugar retirado, le dije, porque llevo ánimo de haceros algunas preguntas á las cuales deseo no asista ningun testigo.

—¿Interrogarme á mí? repuso con mal reprimido enojo; pero calmándose al punto añadió:—¿Y qué secretos son estos que nadie debe oír? Mis acciones y mis palabras pueden verlas y oirlas todo el mundo.

Su vil hipocresía me hizo hervir la sangre é iba á arrancarle la careta, apellidándole cual se merecia; pero me contuvo el recuerdo de mi señora. Procurando reprimirme le contesté:

—Así vos lo imaginareis; pero habeis de saber que en mi ca-

Compendio de la historia de

El presente es un compendio de la historia de la ciudad de...  
y comprende desde su fundación hasta el presente...  
de los sucesos que han ocurrido en ella...  
y de las personas que han sido importantes en su historia...  
y de las cosas que se han hecho en ella...  
y de las que se hacen en ella...  
y de las que se harán en ella...  
y de las que se han hecho en ella...  
y de las que se hacen en ella...  
y de las que se harán en ella...

Impreso en la imprenta de...  
en el año de...  
por el autor...

## Condiciones de la suscripcion.

---

Esta obra se publicará por entregas de 16 páginas de impresion clara, hermosa y compacta en 4.º marquilla papel superior. Cada dos entregas se repartirá una preciosa lámina litografiada y tirada á dos tintas.

La obra constará de unas cuarenta entregas. Las que escedan de este número se darán gratis á los señores suscritores.

Se publicará al menos una entrega semanal.

El precio de la entrega para toda España será de UN REAL de vn. que se satisfará en el acto de recibirla.

La correspondencia y reclamaciones deberán dirigirse en carta franqueada á su administrador *D. I. L. Bernagosi*, calle del Arco del Teatro, n.º 16.

BARCELONA

LIBRERÍA DE DON SALVADOR MANERO,

PLAZA DEL TEATRO N.º 7.

(al lado del correo.)

1856.